

Oración del incrédulo que quisiera creer

José D. Bolívar G. de Urda

Cuando exigimos testimonios para creer debería ser suficiente el de nuestra propia esencia? La complicada "máquina" que nos forma es tan perfecta y, al tiempo, tan efímera que su sola presencia nos lleva a ser creyentes. La fe científica nos lleva a creer en la existencia de "algo superior" pero ¿cómo es ese Dios que no vemos? ¿cómo puede saberlo aunque sí podemos hablarle a él y decirle:

¿cómo puedo amarte, Señor, si no te veo? Te escondes detrás del misterio de la vida y de la muerte. Tú eres el principio y nosotros... ¿dónde quedamos? ¿cómo has creado en la preciada libertad y en el libre albedrío, podemos odiarte o amarte, ser malos o ser buenos, observar o transgredir las leyes, y tú siempre permanecerás en el misterio.

Queríamos ser justos, pero somos más que justos de que se aplique la justicia que de serlo.

Queríamos ser honrados, pero hacemos el sordo a nuestra conciencia.

Queríamos ser solidarios, pero preferimos la espalda al que sufre y echarte la culpa a tí.

Queríamos las leyes, divinas y humanas, que llegaran a nuestro alcance, menos llegar a verte.

Cuando el hambre, el dolor y la miseria conviven con el derroche, el placer y la molicie, cuesta, Señor, creer. Por eso yo no creo. Por eso prefiero ignorar. Pero cuando el sol despunta cada mañana, lo hace para todos, a todos nos llega como el trino del pájaro, la suave brisa, el murmullo del agua, la fragancia de los campos. No puedo dejar de pensar y creo que:

Tú tienes que ser el principio y el fin de todas las cosas; la madre y el hijo y el amor, porque no se entiende un padre/madre sin hijo y el amor entre ambos.

Tú eres uno y estás en todos sitios; eres el Dios de todos —porque todos somos tuyos sin ser patrimonio de nadie, menos aún de quienes se creen tus elegidos.

Tú estás en el más allá y también aquí, en lo finito; estás entre nosotros, en cada uno de nosotros, por eso no te vemos.

Nada tiene que ver el nombre que se te dé ¡qué más da! Yahvé, Dios, Alá. Todos te necesitamos ¡hasta los incrédulos! y, en contra de lo que parezca, tú no nos vuelves la espalda.

Podemos sentirte y, a veces, por nuestra propia insignificancia dudar, pensar que detrás de la muerte no existe nada y, ni siquiera eso, dado que no hay felicidad sin solidaridad,

debería condicionar nuestra forma de vida. Porque no se nos puede obligar a comulgar con ruedas de molino, si Dios nos cae lejano miremos con humildad al que tenemos cerca: a nuestro prójimo. Procuremos conocerlo y ayudarlo. Y amándonos, Dios estará entre nosotros sin necesidad de invocarlo, porque Dios es amor y estoy seguro que, en cualquier momento, a ti y a mí, al descarriado, al incomprendido, al ofuscado, al deprimido, a todos los que sufren les cobijará bajo las alas desplegadas de la felicidad.

Señor de todos, de los que dicen creer y de los que no creen, de los pobres y de los ricos, de los feos y de los guapos, de los torpes y de los listos, de los de cualquier color o credo, de todos lo mortales, a tí dirijo esta plegaria:

Señor, que mis ojos que no ven, que vean, / que guiados por la luz de vuestro amor, encuentren los senderos que nos llevan / hasta tí, caminando sin temor.

Señor, que oigan mis oídos tapiados / y, desoyendo cantos de sirena, escuchen las llamadas del hermano, / sin apartarse de la senda verdadera.

Señor, que mis manos se vuelvan hacendosas, / que laboren con amor y sin tibieza y, aprendiendo a no ser tan ambiciosas, / se tiendan hacia todos con largueza...

Publicado en diario JAEN 30-Diciembre-1998